



Rodolfo Usigli
CARTA DE AMOR



Monólogo heterodoxo
en tres pliegos
y un post-scriptum

A Alfredo Cardona Peña,
que me reprochó amistosamente la ausencia
de este género en mi obra, este intento
cuyo lema podría ser "sin pre ni postfacio".
Con admiración al amigo y admiración
al poeta.
—R.U.





EL HOMBRE
LAS SILUETAS
LOS ECOS
EL TELÉFONO
LA MUJER A QUIEN NO SE VE

Cortinas, practicables todas, enmarcan la escena, y se correrán y recorrerán automáticamente en toda apariencia al paso del texto recitado por el actor.

Un diván a la derecha, un librero-bar a la izquierda, al centro una mesa Regencia, con papel y otros útiles de escribir, y un sillón del mismo estilo, de espaldas a la sala.

Al levantarse el telón, EL HOMBRE aparece al fondo, atisbando hacia afuera por entre las cortinas, sin atreverse a recorrerlas en apariencia. Como si cobrara de pronto conciencia de la presencia del público, se vuelve hacia el frente. Es de edad indefinida, más bien maduro, pero con relámpagos de juventud y sombras de vejez en ciertos momentos, y conforme al texto. Mira al frente, consulta su reloj-pulsera, sacude la cabeza. Va a la mesa que hay al centro, toma una hoja de papel y lee en ella. Mueve a un lado la mesa y el sillón. Va a la derecha, donde está el diván Récamier, lo empuja hasta el fondo centro, enciende una lámpara de pie que proyecta una luz verde, y se sienta mirando al frente, con la hoja de papel siempre entre las manos. Habla con matizada lentitud, como si leyera.

Pliego primero

EL HOMBRE: Amor mío: Todo está en orden. Son las cinco de la tarde y estoy sentado en nuestra banca del parque, esperándote. Ya sé que es una tontería, ya sé que no vendrás nunca más, ya sé que has huido de mí. Pero aquí estoy, sabes. Y estoy esperándote. ¿Por qué? Quizá porque no tengo nada mejor que hacer; quizá porque esperarte se ha convertido para mí en una forma esencial del tiempo vivo. Es como si sintiera yo que si no te esperara no viviría. O más bien como si el objeto y la razón únicos del tiempo fueran esperarte y nada más que eso. No puedo salir a la calle sin encontrarte a cada paso; me echo atrás al volver cada esquina para no chocar contigo, que vienes sin duda en dirección contraria a encontrarme. En cada escaparate de cada tienda encuentro un objeto que comprarte, un regalo para agradecer tu belleza, tu pureza, tu esplendor, tu existencia. Y te pregunto qué prefieres, y sonríes con esa sonrisa tuya, arrebatadora y burlona, y no contestas, y entonces compro todo lo que he visto contigo.

En cada restaurante donde entro estás tú, como un golpe

de sol, como un milagro de luz, sentada a una mesa del fondo, cerca de una ventana contra cuyo cristal se recorta la silueta de tu cabeza, ya con aquel sombrero blanco de verano, ya con el fieltro verde del otoño, ya con el gorro de foca nonata del invierno, ya descubierta, airosa, serena: cabeza de diosa, con tu pelo corto teñido de un rojo suave y discreto o de un rubio ceniciento. Y si te vuelves para mostrar tu perfil, veo, como de rodillas, en adoración, tu pequeña, fabulosa increíble nariz que hubiera envidiado Cleopatra. Pero no eres tú. Eres siempre tú y nunca ere tú, ¿entiendes? Nunca ya.

Te espero aquí, en el parque, mientras el sol se pone con perezosa, lánguida lentitud en el verano, retrasándose a cada paso como un niño que sale de la escuela y no quiere todavía llegar a casa, burlándose un poco de las luces eléctricas que se encienden y que él vuelve invisible con un chasqueo de los traviesos dedos. Y te espero aquí en el otoño, cuando el sol, receloso del invierno inminente, se fuga hacia otro, misterioso punto cardinal y nos abandona en brazos de la noche prematura y sin secreto que es entonces la tarde. Y en el invierno, convidado de piedra, en el invierno blanco y negro, en el que no se sabe cuál negrura es más grande y más cerrada, si la que ciega la luz o la que presta una como falsa blancura espectral a la nieve que cae, cae, cae porque no puede hacer otra cosa, porque no tiene otra cosa que hacer.

Te espero aquí, en tu parque, en nuestro parque, en nuestra banca, en tu banca.

Tengo que volver a casa porque quizá llamarás hoy al fin y no puedo dejar de estar allí para escuchar tu voz que me llena de una dulzura inefable de menta y de jengibre, que siempre me ha embriagado un poco. Pero ahora mismo, al levantarme, me arrebatada de pronto la impresión de que voy a encontrarte, de que vamos a tropezar el uno con el otro en tal forma que no podremos menos que caer tú en mis brazos, yo en los tuyos, y nos echaremos a reír a carcajadas. ¡De pura felicidad!

Se descorren las cortinas del fondo. Habrá, en proyección, alguna sugerencia de arbustos, y se verán pasar unas cuantas siluetas. EL HOMBRE se levanta, espacia la vista por el fondo y al desfilar, una a una, tres siluetas de mujer, corre tras cada una.





EL HOMBRE [a LA SILUETA PRIMERA]: Mi vida, ¡Te esperaba!

LA SILUETA PRIMERA *se detiene un instante, da la impresión de volverse hacia EL HOMBRE, de mirarlo y de barrerlo con la mirada, y pasa.*

EL HOMBRE [a LA SILUETA SEGUNDA]: ¡Te esperaba mi amor! ¿Quieres venir conmigo?

LA SILUETA SEGUNDA *se detiene, agita en lo alto un paraguas. EL HOMBRE se agacha; LA SILUETA SEGUNDA pasa con majestuoso desdén.*

LA SILUETA TERCERA *aparece en el ángulo izquierdo y se detiene un momento. EL HOMBRE va hacia ella.*

EL HOMBRE: ¿Eres tú, al fin? ¡Al fin! ¡Te he esperado tanto, vida mía!

LA SILUETA TERCERA *reanuda su camino con un visible encogimiento de hombros, pero se detiene un instante, vuelve a mirar al HOMBRE, que trata de acercarse, y entonces se yergue y desaparece en seguida a la carrera.*

EL HOMBRE [mira su reloj, mueve la cabeza, enciende un cigarrillo]: No, no. Basta de alucinaciones. Debo volver a casa. Debo darme prisa. Es seguro que hoy llamarás. Por eso echaste a correr, ¿verdad? Para llamarme a la hora. A nuestra hora.

OSCURO

Pliego segundo

Vuelven a aparecer las cortinas cerradas. La mesa al centro, el diván a la derecha. Entra EL HOMBRE, se detiene, mira en torno, enciende un cigarrillo y se sienta junto al teléfono, que acaricia maquinalmente mientras habla.

EL HOMBRE: Aquí estoy. Aquí estás. ¿No has llamado, querido? ¡Si me lo dijeras! ¡Si pudieras hablarme con tu voz propia en vez de sólo transmitir la mía, o la de ella! ¿Cómo será tu voz? Porque no eres, no puedes ser un simple instrumento

mecánico cuando puedes comunicar las emociones del hombre: tienes todas las voces, la áspera y agresiva, la dulce, la amistosa, la de la mujer y la del hombre. Y ahora estás mudo. ¿No te aburres, no te cansa, como a mí, el no servir de nada? ¿Para qué sirves, si callas? “El teléfono sin voz suena y ordena cerrar la puerta a las citas soñadas —y formar en la fila de momias numeradas.” Yo soñaba una cita y tu voz silenciosa me la cierra. Y claro, eso es, ¡claro! Tu voz propia es el silencio. Ahora lo entiendo. [Aplasta el cigarrillo.] Por lo demás soy un asno —primer premio en un concurso mundial de asnos. ¿Por qué no contrato un servicio especial para saber si hubo una llamada en mi ausencia? ¿Por qué no compro una de esas cosas mecánicas, electrónicas, qué sé yo, que registran las llamadas? Por eso, querido amigo: porque soy un fatalista. Porque creo que sólo puedes sonar con la única voz que tienes, la de tu campana, cuando yo estoy aquí y cuando llama ella. Porque para mí tú eres parte esencial del milagro y porque hay un lazo entre los dos. ¿Entiendes, amigo fiel?

El teléfono se pone de pronto a sonar furiosamente. EL HOMBRE duda antes de contestar. Enciende un nuevo cigarrillo, se arregla la corbata, que no estaba deshecha, aflojando un poco el cuello de la camisa. El teléfono sigue sonando rítmicamente. Rinnn — Rinnn — Rinn — Rinn.

EL HOMBRE [al fin]: ¿Aló? ¿Aló? ¿Aló? Sí, soy yo. ¿Eres tú, mi vida?

EL TELÉFONO *emite una serie de sonidos secos que sugieren una voz humana, deformada.*

EL HOMBRE: No, señora, lo siento. — Perdón, señorita. — No, no soy Tony. Soy yo. — ¿Mi número? 14 68 25 — Sí: 14 68 25. ¡No! 14 68 25, ¡estúpida! [Cuelga, furioso. Al cabo de un instante acaricia el aparato]. Perdóname, viejo, ya sé que no es culpa tuya. ¿Te lastimé? Perdona. Pero esa sorda idiota preguntaba por Tony. ¿Cuál Tony? El único que conozco es aquel — tu ex marido. [Al TELÉFONO]: No, esto no es a ti, es a ella. ¡A ella! Porque supongo que ya es tu ex, ¿no es así? Y ahora caigo en ello: es curioso: ser ex es una forma





de vida, puesto que hay el verbo existir y viene a resultar lo mismo que ser, — y que no ser. Y sin embargo, la X está en el acto mismo de ser, de existir. ¡Ah, no! No quiero complicaciones ni sutilezas de semántica ahora, chiquita. Se necesita ser idiota para pensar en esas cosas cuando te espero y tú vas a llamar de un momento a otro, ¡de un momento a otro! De un siglo a otro, quizás. Pero ese nombre que dijo la tonta me hace recordar —¿recordar? ¡Como si pudiera olvidarlo, imbécil!— el día que nací, el día en que te encontré, el día en que tú me dijiste que habíamos renacido y que Tony había muerto. ¿Qué éramos, te lo pregunto? ¿Qué éramos antes de encontrarnos? Dos briznas de paja, dos hojas secas danzando en el aire la muerte de todos los cisnes, dos miserables cosas sin oriente y sin destino. Y aquella presentación fortuita, no buscada, nos dio de pronto el aliento de la vida. ¿Te acuerdas, amor único, y primero, y final? ¿Te acuerdas, maldita, divina mía? Yo hablaba con tu marido pensando que era el Tony a quien esperaba y no conocía, y él no contestaba porque ya empezaba a morir; pero yo no tenía ojos sino para ti. Y tú me mirabas, pero de un modo extraño, como si me miraras desde adentro de mí, como si ya hubieras estado, desde siempre, en mi interior, desbordándome. Y así empezó todo y así nacimos los dos mientras él moría. ¿Y cómo puedo estar seguro ahora de que existes, si estás dentro de mí y me desbordas y me ahogas, y estás lejos de mí a la vez y no sé dónde estás? Si llamas ahora, si tu voz tan suave hiciera circular mi sangre de nuevo, si tu voz tan fina hiciera el milagro, si...

EL TELÉFONO suena imperativamente. EL HOMBRE duda, una pausa. Descuelga.

EL HOMBRE: 14 68 25. — ¿Cómo? [EL TELÉFONO emite ruidos alarmantes. EL HOMBRE lo aparta de su oreja y el sonido se precisa y se hace audible entonces]: ¡Ah! ¿14 68 25?

EL HOMBRE: Sí, 14 68 25.

EL TELÉFONO: ¡Pues bonito estúpido! Sepa usted que...

EL HOMBRE [Cuelga con suavidad. Sonríe]: Tiene facultades mnemotécnicas la desgraciada, estúpida vieja. En fin, mi suerte... Te decía, linda... Y después de todo, ¿por qué esta manía idiota, estúpida como esa mujer, de hablar contigo,

como si estuvieras aquí, como si me oyeras? ¿No es así como se vuelven locas las gentes? Todo empieza por algo. Nuestro amor empezó porque tú y yo estábamos solos en un mundo poblado de muñecos de cera, de seres muertos... Parece que para vivir a gusto en el mundo hay que ser un cadáver bien vestido, bien alhajado, limitado a tres pasos de baile: nacer, reproducirse, morir. Y parece que para sobrevivir hay que ser, además, mentira. Y tú y yo nos rebelamos: no quisimos seguir siendo mentiras ni cadáveres. No queríamos, al menos. Y yo no quiero y no querré nunca. Soy verdad y tú eres mi verdad. ¡No puedes haberte vuelto mentira ahora! ¡No puedes haber muerto para volver a la vida de todos los demás, al mundo en el que no podías respirar ya! ¿No te di el amor? ¿No te di todo lo que soy, todo lo que ni siquiera sabía que era? Y tú me diste lo que eres, porque estás en mí como decía aquel rezo de comadres, a toda hora, despierto, dormido, al levantarme, al acostarme, al respirar, en el humo del cigarrillo, en las circunvoluciones de mi cabeza, en los ecos de mis oídos, en el latido de mi sangre en mis pulsos, en mis ojos, que sólo pueden verte a ti por sobre la bruma del mundo, en mis manos muertas si no te tocan, en el curso mismo de mi vida que se va día a día, lo cual te hace mi vejez... ¿Por qué te fuiste? No lo entenderé nunca. Te maldigo y te adoro. Pero si te fuiste, ¡déjame ya de veras! ¡Déjame ya!

EL ECO agitando las cortinas, recorriendo todo el recinto en un crescendo escalofriante: ¡Déjame ya! ¡Déjame ya!

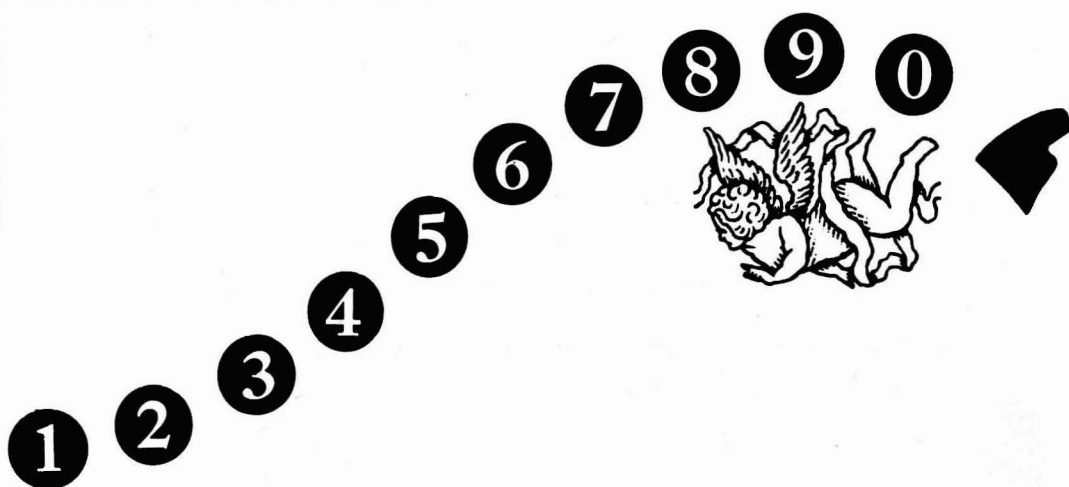
OSCURO

Pliego tercero

EL HOMBRE, con el saco de casa clásico, de pelo de camello rojo y solapas y puños beige, sentado a su mesa, revisa papeles, mueve la cabeza varias veces y los deja caer con furioso desaliento al fin.

EL HOMBRE: Inútil. Inútil todo. Trato de distraerme, de encontrar una salida. Inútil. Estos papeles, que representan contratos, trabajo, intereses, se me caen de las manos como





hojas secas. El hombre de las hojas de papel. Si duermo, sueño con ella; si estoy despierto, siento que sólo a ella puedo hablarle. Es un mundo en el que sólo estamos yo y la sombra de ella. ¿Y qué haría su sombra sin mí, me pregunto? Esto no puede ser, ¡no puede ser! He sido un hombre de cierto éxito entre las mujeres. ¡Oh, moderado! No es que presumo, no — pero no han faltado tentaciones, distracciones amables en mi vida. Y nunca me entregué a ninguna como a ella. Por eso, porque tuve la impresión absurda de nacer al conocerla. De nacer en su vientre quizá, como la hacía nacer de mi deseo también. *[Al teléfono, acariciándolo]*: Ya ves de qué poco me ha servido, viejo. La hemos buscado tú y yo por todas partes, pero... ¡Ah, no! ¡Atención! Dicen que también se vuelve uno loco cuando habla con los objetos. Pero, ¿es sólo un objeto el teléfono? En todo caso, yo no quiero volverme loco. Por ella, por mí — ¡No quiero! ¡Un momento! ¿Quién dicen que dijo eso? ¡Ah, sí! Uno a quien le contestaron: No tenga cuidado: usted no puede ya volverse loco. ¡Bonito consuelo! ¡Ay, ay, ay! Me doy cuenta de que sigo queriendo hablar de ella, pero no ya con ella, puesto que no llama, puesto que no responde, puesto que no sé si vive, puesto que no sé si vivo yo para ella. Pero entonces, ¿con quién hablo? ¿Conmigo mismo? Bueno, ¿y por qué no? ¿Podría tener mejor oyente, mejor interlocutor, público más selecto, en fin, aplauso más limpio y más entusiasta? *[Ríe amargamente, una risa de otoño o de fantasma.]* Lo siento, pero tengo que volver a hablar contigo, mi amor. Pienso que quizá las palabras pronunciadas se quedan en el aire, como los pájaros en las viejas líneas del telégrafo, y que algo las transmite, las hace volar a su destino. De eso nació la radiotelefonía, sin duda. ¡Interesante cosa y a buena hora hago descubrimientos, imbécil de mí! No importa. Entonces, quizá un día llegues a oír mi voz y sepas y sientas que no ha habido hombre en el mundo que haya amado más, que haya dado más vida con su amor a una silueta de mujer... ¡Perdona, no quise ofenderte! Pero dije aplauso hace poco, y recuerdo una mañana que fuimos a escondidas a tomar una taza de café o una copa al Hotel de la Paz. Nos instalaron en un saloncito abierto, pero no había otros clientes. Tú estabas preocupada, pensativa, nerviosa. Te pedí un beso y pusiste una cara de señora mayor, y puritana. ¡Im-

pensable cosa! Pero insistí tanto que logré conmoverte. Y en el momento mismo en que rendiste tus labios a los ya ressecos míos, en el salón vecino estalló una tempestad de aplausos. Te hice ver el éxito que habíamos tenido y reímos como niños felices o como niños idiotas, sin poder contenernos. Y luego, muchos días, nuestros ojos evocaban el aplauso al entrecruzarse y nos echamos a reír al mismo tiempo mil veces. Después, claro, supimos que en el salón vecino había una junta de señoras locas, de cadáveres benéficos reunidos para alguna obra de caridad, que habían aplaudido la moción de algún cadáver más loco que las demás, sin saber que en realidad aplaudían el milagro de nuestro amor. *[El teléfono repiquetea alegre y ruidosamente.]* ¡Mira! ¡A tiempo como el aplauso! Quizás eres tú. *[Descuelga.]* Aló.

El teléfono emite una serie de ruidos vibrantes.

EL HOMBRE: ¿Quién?... Ah, cómo está usted... Sí, era yo mismo. Pero ya no estoy aquí... Digo que ya no estoy aquí... No, no se disculpe, no hay de qué. *[Cuelga y da unas palmadas al teléfono, como se hace con un amigo más joven]*: Si me ayudaras a decirle a ella que no estoy aquí ya... Me doy la impresión de aquel genio de las mil y una noches y una noche que pasó siglos encerrado en una botella prometiendo reinos y riquezas fabulosos al que lo sacara de su prisión y que, cuando un pobre pescador le devolvió su libertad, lo mató para vengarse del tiempo transcurrido. ¿Y qué haría yo si ella volviera ahora? ¿Qué haría si volvieras, mi vida? ¿Y qué harías tú? ¿Aceptar el destino de ser cadáveres miembros del conglomerado social? ¿Decirte que ya no te quiero, desconocer nuestro nacimiento, engañarte con otra cualquiera? ¿Matarte? ¿Qué? Es tan extraño pensar, sentir en los pulsos de la sangre que no puede uno vivir sin alguien, y descubrir por la razón, de pronto, que ya no podría uno vivir con ese alguien. El amor se hace entre dos, pero su condición parece ser que uno esté vivo y el otro muerto. Y la explicación es fácil, puesto que en el amor están la vida y la muerte. Puedo perdonarte todo, sabes, hasta tu fuga, pero no que me mates este amor que es mi vida. Ya sé que tú mirabas al paisaje, en olvido de mí, y que yo contemplaba el paisaje en tus ojos. Y el paisaje era el mundo, era la





vida. El paisaje era el amor también. Un momento. ¿Filósofo a mis años? Hay que ver los riesgos que lo hace correr a uno el aburrimiento. Me aburrí de ti, mi vida, mi amor, mi joya, mi diosa — y me aburrí de mí mismo. No es posible repetir tanto las cosas sin que se desgasten y se vuelvan ridículas. Y no veo sino una salida al tedio, una perspectiva única al través de una sola ventana. Ni modo. No quería yo esto, pero... [*Abre el cajón de la mesa, saca de él un revólver y lo examina.*] Limpio y cargado. Habrá que dejar una carta, una nota... Es la tradición, en fin. ¡Me mato porque me corroe el cáncer incurable de un amor estéril. ¡Cursi! ¡No se culpe a nadie de mi muerte...! ¡Narices! ¡Cúlpese a la adorable, maravillosa, única jodida hija de la chingada que me abandonó y que se llama...! Eso va mejor, pero no es de caballeros comprometer la reputación de una señora mencionando su nombre. Aun la idea de usar una pistola — mancha la ropa, la alfombra, los muebles... Pensé mucho en esto, sabes, cuando me ocurrió, de joven, escribir la historia de un suicida que se mató sólo porque tenía miedo de morir. Pero que recorrió la historia buscando el medio más estético: el áspid de Cleopatra, abrirse las venas como Petronio, colgarse como Judas Iscariote, arrojarse debajo de un tren en marcha como Anna Karenina; envenenarse; abrir el gas de la estufa y cubrirse la cabeza con un pañuelo de seda china, arrojarse de un piso cincuenta... Nada lo satisfacía. Un día vio en el escaparate de una tienda una corbata inglesa que le pareció perfecta para su propósito y satisfactoria para su sentido estético, pero estaba de prisa: esa mañana alguien se había matado con un veneno nuevo y quería estudiar el efecto sobre el rostro, por respeto a su apariencia de... ¿comprendes? Cuando volvió a la tienda la corbata se había vendido y no había otra igual. Y no la encontró nunca. Y un día, al fin, empujado por el terror de morir, apeló al medio más vulgar, a...

Se oye sonar una, varias veces, con creciente insistencia el timbre de la entrada. EL HOMBRE se guarda la pistola en un bolsillo del saco de estar y va a abrir la puerta, a la derecha.

POST SCRIPTUM

Perdóname, mi amor. Temo que esto sea el fin. Alguien llama a la puerta y quizás eres tú, mi vida. Voy a abrir. No sé si podré matarme o no. Pero sé que cuando se llega adonde tú me has hecho llegar, no hay sino una solución: matar o morir. Morir para no matar. Matar para no morir. No sé qué pasará. Te adoro siempre, contra mí mismo, amor mío. [*Abre la puerta*]: ¿Sí?

LA MUJER A QUIEN NO SE VE: ...

EL HOMBRE: ¿La señorita Heredia?

LA MUJER A QUIEN NO SE VE: ...

EL HOMBRE: Pues si usted no es la señorita Heredia, yo tampoco soy el señor Suárez. Estamos a mano. Es una grata sorpresa de todos modos. ¿No quiere usted pasar? Podremos presentarnos.

LA MUJER A QUIEN NO SE VE: ...

EL HOMBRE: Ah, ¿viene usted de muy lejos y ha caminado mucho para ver al señor Suárez? Lo siento.

LA MUJER A QUIEN NO SE VE: ...

EL HOMBRE: Me doy cuenta de que hay un error, pero no entiendo por qué esperaba usted encontrarlo precisamente en mi casa. Perdón, parece una coincidencia... excepcional. ¿Por qué no pasa usted? Ya que llegó hasta aquí. Descanse un poco. [*Maquinalmente acaricia la pistola que guardó en la bolsa del saco y sonríe.*]

LA MUJER A QUIEN NO SE VE: ...

EL HOMBRE: No, no, ninguna molestia, se lo aseguro.

LA MUJER A QUIEN NO SE VE: ...

EL HOMBRE: Tengo teléfono también. Y directorio. De aquí podrá usted llamar, no se preocupe. Se sentará tranquilamente, tomará lo que guste, telefonará...

LA MUJER A QUIEN NO SE VE: ...

EL HOMBRE: No, no, le aseguro que no me interrumpes. Y si me interrumpiera, quizá yo pueda interrumpirla también a usted de algún modo. Pase. [*Maquinalmente se arregla la corbata y sonríe con su "mejor sonrisa"*] ¡Así me gusta!

TELÓN

